EVA DÍAZ PÉREZ

LA CASA GRIS

La casa está pintada de gris y se encuentra en una zona de las afueras llena de naves y fábricas por la que pasan continuamente camiones de gran tonelaje. Un polígono impersonal y sórdido como los que hay en todas las ciudades. No es el paisaje que Hugh había pensado para tener la última visión de su vida.

Eva Díaz Pérez (Foto de Sensi Lorente)

Sin embargo, la casita gris guarda cierto encanto. Tiene un porche y un jardín que la rodea con árboles aún de poca altura como si se hubieran plantado apenas hace dos o tres años. Además, al estar en la última calle del polígono, desde las ventanas de la planta superior es probable que se pueda contemplar la ciudad y a lo lejos el macizo de Los Alpes. Es una construcción que desentona con el lugar. Un rincón pintoresco en medio de factorías y almacenes. Un remanso de paz y muerte en medio del ruido. Un espacio en el que sospecha que los segundos corren más lentos porque los relojes tienen una naturaleza perversa. Una extraña casa para morir entre naves fabriles llenas de trabajadores que suspiran por que las horas pasen rápidas y concluya pronto la jornada laboral. Gente que vive a un ritmo diferente al de los que están a punto de entrar en esta casa gris. Obreros cuya vida es una sucesión de tedio y monotonía, que sólo piensan en que llegue el fin de semana y que odian los lunes por su sabor acre, lánguido y aburrido. Sin ser conscientes de que la vida es precisamente eso, el tránsito simple de los días.

Violet se sorprende de la belleza del jardín e incluso se detiene a mirar algunos matorrales para deducir de qué plantas se trata, pero de pronto se da cuenta de que es absurdo reconocerlas. Es un jardín que intentará borrar de su memoria. Porque no puede evitar que todo lo contemplado en estas últimas horas tenga un aura de horror, de máscara macabra, de cosa en la que palpita algo siniestro.

Un empleado de la clínica los ha acompañado para que se instalen en la casa. Tiene la delicadeza de no preguntar si les gusta. Ya sabe que ni el lugar más hermoso hechizaría a los que residen aquí por unas horas. Ésta no es una residencia de vacaciones. Es justo lo contrario de esos lugares que provocan en los viajeros un extraño placer –a medias entre la incomodidad y la aventura- por tener que acostumbrarse a espacios domésticos ajenos que, sin embargo, terminan convirtiéndose en propios a fuerza de estar relacionados con vivencias maravillosas.

Aquí no ocurre eso. Todo es efímero, portátil, prestado, frío. Ha muerto gente y se nota, aunque hayan sido muertes decididas, limpias, elegidas y serenas. Flota en el aire la atmósfera impoluta y práctica que tienen los espacios públicos, con esa indefinición de lugares abiertos a todos, ya sea una estación de metro o la consulta de un ambulatorio. Lugares llenos de cosas útiles. Simplemente. Cosas que están nutridas por una voluntad funcional. Cosas que cuando se estropean o se rompen son sustituidas sin que nadie se preocupe de pensar en el alma que tienen los objetos.

El empleado de la clínica les enseña todas las zonas de la casa. Les muestra un amplio y moderno cuarto de baño y las escaleras que llevan a dos habitaciones de la parte superior. El dormitorio principal tiene un balcón desde el que Hugh

confirma que efectivamente se ven Los Alpes. Observa que a lo lejos se acercan nubes muy negras. Le agrada marcharse con una tormenta sonando de fondo.

Violet recuerda en ese momento la habitación de su casa en Londres. Tiene pavor a pensar en su regreso sola, sin Hugh, mirando todas las noches las fotografías que cuelgan en la casa. Entrar en ese dormitorio y reencontrarse con todo lo que dejaron para hacer este último viaje. Abrir la puerta y toparse con el olor. ¿Cómo se podrían resumir los olores que dos personas han dejado durante cuarenta años en una casa? Grasa de pelo, perfume, sudor, respiración, ropa usada, células muertas de la piel, cabellos. Las canas que reposan en la cañería del lavabo desde hace años, sedimentadas en las tuberías con restos de jabón, uñas cortadas y saliva. Una pasta untuosa que podría llamarse: Hugh&Violet. Una piedra bezoar alojada en el estómago de la casa, siempre a punto de perderse por las alcantarillas del monstruoso Londres.

Violet casi está a punto de llorar al pensar en el momento en el que abrirá el armario. Toda la vida dentro de un mueble que huele a Hugh&Violet, con perchas que se balancean porque ya no sostienen prendas. Hugh decidió deshacerse de su propia ropa para que Violet no la viera al regresar. Se estremeció al pensar en la escena de su esposa oliendo sus camisas cuando él ya no estuviera. Porque es terrible cómo los vivos se aferran a las minúsculas huellas de los muertos.

¿Cómo prepara su último equipaje alguien que viaja para morir?

El empleado les enseña por último el dormitorio donde podrán esperar cómodamente a la doctora que llegará a las cinco.

Bajan las escaleras en silencio y el trabajador de la clínica se despide con exquisita cortesía sin atreverse a decir nada más, porque sabe que sería absurdo decir hasta luego o simplemente adiós. Todos sus gestos y comentarios están perfectamente calculados para no herir sensibilidades ni provocar escenas incómodas. Cierran la puerta de la casa y desde una de las ventanas ven cómo se sube al coche y se marcha. Hasta el motor del automóvil parece extremadamente silencioso y educado.

—Ha sido muy bueno eso de 'están ustedes en su casa' —dice Hugh entre risas.

Violet se limita a sonreír tímidamente, disimulando su pavor aunque feliz por el humor de Hugh tan diferente del tono sombrío del día anterior cuando paseaban juntos por última vez.

—¿Te has dado cuenta de que no nos ha dejado la llave y ha cerrado por fuera? ¿Y si nos da por escapar a última hora? —continúa bromeando y arrancando por fin una sonrisa sincera a Violet que además le permite liberar tensiones.

—Bueno, ¿qué hacemos? —dice ella sorprendida por hacer una pregunta tan inapropiada a alguien a quien le quedan apenas unas horas de vida.

—¿Te parece que comamos? No se me ocurre nada mejor —propone un Hugh socarrón y con apariencia despreocupada.

Se dirigen a la cocina, aunque no están seguros de encontrar algo dentro del frigorífico que quizás sólo esté colocado para sugerir cierto aire de decoración doméstica. Suponen que no habrá muchos clientes con apetito en sus últimas horas. Sin embargo, para su sorpresa encuentran frutas, quesos, chocolates y bebidas.

—¡Me apetece muchísimo tomar bombones! Ya no me van a engordar ni aumentarán mi colesterol —exclama Hugh con buen ánimo, aunque no puede evitar pensar que todos esos alimentos le acompañarán y que aún estará digiriéndolos cuando se produzca la muerte. Por eso los selecciona con cuidado como el pintor que elige las piezas que incluirá en un bodegón—. Y, por supuesto, champán. ¿Te apetece?

Cortan un poco de queso, escoge algunos bombones y se sirven champán. Hugh saborea el chocolate lentamente para disfrutar del momento, a pesar de que en un par de ocasiones nota cómo ante tanta salivación se le desajusta la dentadura. Nunca ha sido tan consciente de lo importante que son los breves momentos de felicidad. Sonríe satisfecho porque se da cuenta de que su vida ha tenido muchos buenos momentos. Quizás han sido efímeros, apenas instantes de luz, destellos que asoman de vez en cuando. Había sido un niño de familia obrera que sufrió la dura postguerra, pero a pesar de todo, con mucho esfuerzo, pudo estudiar una carrera, dedicarse al mundo del Arte e incluso escribir algunos libros. Su infancia estaba llena de sueños hambrientos. Por un momento se imagina al niño Hugh de Galard contemplando atónito la escena de su yo anciano devorando bombones en los últimos momentos de vida.

Y ahí delante de él está su fiel y valiente Violet. Es difícil encontrar a una compañera de vida así. Hay mucha gente que nunca consigue una complicidad tan sólida, que simplemente se casa siguiendo la inercia social y elige por azar, cansancio o miedo a la soledad. Parejas perfectamente intercambiables. Pero Hugh no se imagina compartiendo la vida con alguien diferente a Violet.

Y ahora está allí, acompañándolo también en el momento de su muerte.

Terminan de comer. Buscan un reloj para ver cuánto falta para las cinco, pero no ven ninguno. No hay relojes. ¿Otro detalle de cortesía de la clínica? Hugh se distrae observando la casa y descubre detalles curiosos. Tampoco hay cuadros. Tal vez también se debe a esa exagerada discreción que reina en la casa. Porque

¿cómo saber si el paciente se molesta ante la visión de un cuadro abstracto? Hugh medita sobre la imposibilidad de introducir un cuadro *fauvista* por su colorido estridente o un lienzo expresionista, ya que podría provocar desasosiego en las almas delicadas y sensibles. Tampoco hubiera sido adecuado, piensa sonriendo Hugh, llenar todo de bodegones: el difunto en potencia se sentiría aún más triste al ver los placeres mundanos que dejaba atrás. Las vanitas barrocas están descartadas por choque estético con la mentalidad calvinista de la nación anfitriona.

—Esto debe de estar lleno de fantasmas... —dice a Violet, que no sabe qué responder, pero que sugestionada observa los rincones y el umbral de las puertas como si de pronto hubiera intuido la presencia de todos los que les precedieron.

De pronto, suena el timbre de la puerta. También el sonido es discreto. Al abrir, Violet ve a una elegante mujer que se presenta como la doctora Bernard y tiene la sensación de que un ángel se ha equivocado de puerta. Es una mujer de unos treinta años, lleva el pelo castaño recogido y tiene una mirada dulce. Sus ojos sonríen cuando habla. Su voz es delicada, con un tono melodioso, y habla lentamente el inglés como si pensara que no la entienden del todo. La doctora pide permiso para entrar y por un segundo ellos piensan que se encuentran realmente en su casa.

—¿Desean que sea ahora? ¿Necesitan algo más de tiempo? ¿Ha elegido ya la bebida, señor Hugh?

Les sorprende la velocidad preguntando de esta mujer tan educada y exquisita. ¿Que si quiero morir ya?, piensa Hugh. Es difícil elegir qué bebida será la última de tu vida, sigue meditando en silencio. Hugh mira a Violet que también le asombra con otra pregunta extraña.

—Perdone, ¿tienen un reproductor de compactos?

—Claro que sí. ¿Qué música desean? —responde la doctora como quien presenta un muestrario de telas o una carta de vinos.

—Traemos nuestra propia música. Gracias.

Hugh supone que Violet pondrá la música de Small Faces que les ha acompañado durante el viaje, pero se lleva una sorpresa. De pronto en aquella casa gris suena el violín de Violet en una grabación expresamente dedicada a Hugh. Es la *Sinfonía número 25 en Sol Menor* de Mozart interpretada por ella. Y el arco del violín se pincha en el corazón estremecido de Hugh.

—He reproducido todo el programa de nuestro concierto de Le Havre.

La música que ella tocó la noche que se conocieron. Un concierto en el que Hugh vio por primera vez el cabello blanco de Violet, la concertino. Hugh sonríe y agradece un regalo de tanta delicadeza.

—Me he decidido por el té. Los británicos somos poco previsibles —dice Hugh a la doctora.

—Lo prepararé, pero le sugeriría, señor Hugh, que lo acompañe con algo más fuerte para disimular sabores. Antes deberá tomar algo que le protegerá el estómago para que su organismo no vomite la bebida.

¿Cómo disimular el sabor de un veneno? Hugh sabe que no se trata de los sofisticados venenos de sus héroes literarios, ni siquiera el champán con morfina de su querido Chéjov. Se trata de diez gramos de pentobarbital de sodio. Parece una inocua fórmula química de las que aparecen en los libros escolares, pero es un veneno. Eso sí, tan exquisito como los modales de los trabajadores de la clínica. Un veneno discreto pero efectivo, elegante, silencioso. Aniquila, asola, devora, pero sin que el paciente se dé cuenta. Una muerte que se presenta con delicada cortesía: Buenas tardes, ¿me permite? Voy a acabar con su vida. Adelante, cumpla con su deber y gracias.

Mientras la doctora Bernard prepara el té y disimula preparando el pentobarbital de sodio, Hugh y Violet siguen mirándose. Ahora suena el *Piano Trio número 2* de Schubert y Hugh piensa en su fortuna de marcharse feliz y sin agonías, sin dolor, sin sufrimiento, siendo plenamente consciente. Con una decisión de libertad total, sin el peso de dioses, culpas, pecados o lastres morales.

En ese edificio para la muerte que es Hugh de Galard viaja un río que arrastra aguas envenenadas. Él lo ha visto. Ha contemplado las aguas negras que le pasean por dentro. Una vez recorrió el interior de su cuerpo, subió las escaleras de caracol que conducían al cerebro y luego bajó a los infiernos donde su estómago era un Tántalo condenado a la insatisfacción de no poder alcanzar las frutas sabrosas del árbol. Se perdió en el laberinto de sus intestinos y allí vio las células enfermas que viajaban por el cauce negro para anidar en otras vísceras como el hígado, el páncreas o los pulmones.

Metástasis, estadio IV. Así llamaron los médicos al paisaje interior de su enfermedad. Y a él le pareció el título de un lienzo inquietante.

Hugh interpretaba así las pruebas médicas, las sesiones de quimioterapia o las endoscopias. Debía de ser por su naturaleza de fabulador. La aridez de los términos científicos quedaba anulada por su potente imaginación. Sólo de esa forma se puede entender que su adenocarcinoma de estómago se transformara en el título de una tragicomedia en tres actos en la que cada letra tenía un papel en la obra. Su actriz preferida era la última a, que protagonizaba un inspirado monólogo con el que bajaba el telón. Habían ensayado el montaje en muchas ocasiones y la última a estaba a punto de entrar en escena. Una palabra que desactivaba el horror gracias a su fantasía.

Las endoscopias eran interesantes documentales de la BBC en los que la cámara se internaba en selvas inesperadas, en ciénagas de mucosa gástrica y en volcanes ulcerados con lava latente. Al principio de la serie científica el travelling mostraba un torrente lento que a Hugh le pareció un Danubio de colores decadentes que recorría la vieja Europa que era su organismo. Pero poco a poco todo se fue transformando. Era cuestión de tiempo y paciencia.

Ese tiempo en el que fue cambiando el olor de su cuerpo. Ya no se trata de esa inevitable fermentación que desprende su piel de anciano. Es algo que va más allá, algo semejante a la destilación de un perfume cuya fórmula de fabricación es errónea o fallida porque se ha introducido un ingrediente que convierte todo en acíbar, en vitriólico y venenoso. Un vago hedor encubierto bajo el sudor normal que asoma para advertir que algo no marcha bien. La pista que seguían los médicos humorales de la antigüedad que se guiaban por el olor de los orines o los excrementos para descubrir enfermedades.

Una vez leyó que la gente triste pierde su olor, pero ya no es sólo eso. Ha perdido muchas cosas y ya no se reconoce en los olores que salen de la caverna de su cuerpo. En el baño no hay nada que quede de Hugh de Galard, de ese olor que era también parte de su identidad, un hedor propio mezcla de vida y putrefacción que era como el caldo íntimo en el que se cuece la naturaleza del cuerpo. Recordaba Hugh cuando era niño y compartía esos momentos con su hermano, los orinales juntos en el aseo y su madre llamándolos detrás de la puerta, esperando a que terminaran. Su hermano se colocaba en un rincón y él en otro y allí jugaban y se reían y no había pudor. Reconocían sus olores y Hugh era incluso capaz de deducir si su hermano se había atracado de guisantes o de pudin de ciruelas porque quedaba en el retrete una nube amarga y alcaloide. Pero ahora hacía mucho que Hugh no era Hugh y que la caverna de su cuerpo era un laboratorio de ensayo para la muerte. Un lugar alquímico con olor a medicinas y herrumbre.

Hugh es una vanitas andante, una vanitas quizás huida de un viejo museo olvidado, con un reloj de arena por vientre y una fruta a punto de corromperse como corazón. Un bodegón ajado, lleno de vasijas destrozadas y una copa con sangre que debe de oler a rosas sin pétalos. Una calavera que se dibuja audaz sobre la mesa proyectando la sombra de lo que había sido y que un día se llamó Hugh de Galard. Un lienzo con flores barrocas en el que se adivina un escarabajo a la espera de que todo se marchite.

Hugh reconoció el mal transformando su organismo, los campos asolados por plagas de langosta, huracanes destrozando las selvas, terremotos derribando

la arquitectura de sus huesos, olas gigantescas anegando los pulmones. Ya no había paisajes sino naturalezas muertas. Un absurdo lienzo abstracto.

La primera vez que vio una imagen al microscopio de sus células cancerígenas le pareció un curioso cuadro abstracto. Incluso pensó hacer una reproducción ampliada y colgarla en el salón para engañar a las visitas diciendo que era la última obra de un artista reputado. Pero Violet se negó. Aún no se había acostumbrado a tratar la enfermedad con humor, con ese juego de ironías que había utilizado Hugh porque creía que era la única forma de combatirlo.

¿Cuándo tomó la última decisión?

Fue poco después de la última intervención quirúrgica en la que su médico tomó la determinación de cerrar e iniciar un tratamiento que sólo retrasaría un poco el final. Algo que a Hugh le pareció insensato porque no serviría para nada. ¿Seis meses más de agonía? ¿Para qué? Los ciclos de quimioterapia que él llamó Godzilla, el monstruo de su infancia, provocaron que se le cayera el pelo y un cansancio constante. También cambió el sabor de las comidas. La leche sabía a metal; las fresas a naranjas y los plátanos a peras. De la sopa le asombró un gusto ferruginoso como si sorbiera gotas de sangre disueltas en agua salada y caliente. En el pescado blanco reconocía el sabor del acero y en el rostbeaf el cartón.

Godzilla era un monstruo que sólo aplazaría lo inevitable, un proceso en el que poco a poco entrarían en escena el dolor, la agonía y lo que más temía: la contemplación de su propia destrucción, el deterioro progresivo, la anulación y la desaparición de sí mismo en un garabato de dolor y desesperanza. ¿Cuándo llegaría el último acto? ¿Es que nadie tenía la compasión de apagar la luz para poder dormir de una vez por todas? Por eso había decidido salir de puntillas, irse cuando él quisiera. La enfermedad no acabaría con él. Hugh se adelantaría.

Morir, por ejemplo, ahora mismo.

La doctora Bernard se acerca con una bandeja en la que ha colocado una tetera con tres tazas. En un lado, un vaso de cristal opaco que parece disimulado en medio del juego de servicio de té, pero que Hugh observa con una mezcla de pavor y deseo. La doctora sonríe. Sólo su gesto de infinita ternura y sinceridad evita que la escena tenga un punto de ridiculez melodramática. Servir un té envenenado con exquisita cortesía.

—Esto parece una mala novela de Agatha Christie, ¿cuál será el brebaje envenenado? —señala Hugh.

La doctora Bernard no puede evitar reírse a carcajadas y está a punto de que se le caiga la bandeja. Hugh y Violet se contagian y terminan riendo. Si desde alguna de las naves cercanas alguien hubiera escuchado las risas que salen de la

que llaman "la casa de la muerte", no daría crédito. ¿Es que allí celebran fiestas? ¿No era aquello un negocio que prometía un civilizado *chill out* de la muerte?

—Con ustedes los británicos siempre ocurren estas cosas. Su bendito sentido del humor... —afirma la doctora Bernard mientras recoloca apresuradamente el servicio de té en la inestable bandeja y ofrece a Hugh el protector de estómago que debe beber antes.

Hugh lo toma y observa cómo la doctora deja la bandeja encima de la mesa con una lentitud exagerada. Después sirve el té con mucho cuidado, no quiere volver a salirse de su papel, porque tal y como temía, ya ha empezado a encariñarse con esta pareja. Siempre intenta no implicarse con los pacientes de la clínica. Sabe que ésa es la causa de que la mayoría de los trabajadores no dure más de un año en este empleo.

Hugh está nervioso y al coger la taza le tiemblan las manos. Se le derrama un poco de té sobre el pantalón blanco y le parece que esa mancha es como la huella obscena de un asesinato. Lamenta entrar en la muerte con ese rastro.

La doctora Bernard le ofrece el vaso opaco con toda la naturalidad que puede simular, pero Hugh se da cuenta de que su profesionalidad hace aguas. Le tiembla la voz dulce cuando le dice que debe tomarlo de un trago. Si no lo hace así, no será efectivo y sólo caerá en un profundo sueño

Hugh bebe y se traga un bombón para prevenir "ese trago amargo e infinito". Observa sus manos y sin saber por qué se acuerda de las cicatrices de toda la vida como si fuera una forma de despedirse de su cuerpo, de evocar las marcas dibujadas en el libro de heridas de su biografía. Se echa hacia atrás en el sillón que de pronto le parece muy cómodo, tanto que hasta baraja la posibilidad de dormir un poco. Le apetece soñar, descansar de una vez. La habitación se va volviendo algodonosa. Es como si la niebla de Londres hubiera entrado para despedirse. Va pasando por varios estados y pensamientos. Primero recuerda que se le ha olvidado mirar dónde estaba el Sur en aquella casa gris. Tenía previsto morir mirando al Sur, pero ahora todo eso le parece absurdo. Por fin le invade el sueño, pero con esa placidez que provoca una siesta después de un buen almuerzo. Percibe que un río tibio le recorre las venas y se sorprende de semejante calidez cuando está entrando en un paisaje narrado durante siglos como el reino del frío, del hielo eterno. Y aplaude la última broma de su cerebro que no deja de fabular sugiriendo que el frío está afuera y no dentro de su cuerpo, porque otro Hugh que no es el que se va borrando poco a poco continúa con su viaje. Le pesan los párpados pero no quiere dormirse aún y se empeña en mirar lo que ocurre más allá del gran ventanal de la casa. Descubre que enfrente hay una casa también gris que, sin embargo, no había

visto cuando llegaron. Quizás se trate de otra residencia para el último viaje que utiliza la clínica en jornadas con demasiados clientes. Dentro de la casa ve a una pareja de ancianos en un sillón que es exactamente igual al que está sentado. Y entonces se da cuenta de que lo que en realidad está contemplando es el reflejo de la casa en un espejo imposible. Se estremece cuando el anciano de enfrente lo mira porque se ha percatado de que le observa. Cierra los ojos incapaz de sostener la mirada con él mismo, de contemplar su propia muerte en un perverso simulacro óptico.

Ya no ve a Violet, ni a la doctora Bernard que se ha retirado para dejarles intimidad, aunque contempla la escena desde una prudente distancia por si tuviera que intervenir. Hugh siente la mano de Violet y la confunde con la de su madre que se le aparece en la casa gris con el mismo rostro de aquel día que se cayó al salir del colegio y llegó llorando y sucio de sangre y fango. Entonces sólo le consoló sentir la caricia de su madre. Como ahora. Y Hugh confirma todas las leyendas sobre lo que sienten los moribundos al recordar a la madre en el momento de la muerte.

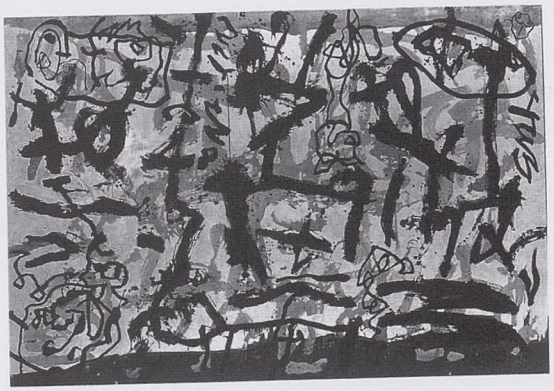
El sueño le rinde. Se esfuerza en no caer en un sueño profundo porque disfruta paseando por esta tierra de nadie entre la vigilia y el sueño o entre la vida y la muerte. Fuerza su memoria, pero nota el cerebro blanco y gelatinoso que se deshace en un vacío. Para no caer derrotado intenta desentrañar aún los olores que le rodean en un último ejercicio de consciencia y descubre el del té y el veneno, la colonia de lilas de Violet y el impreciso perfume de la doctora Bernard a la que seguro que obligan a usar una discreta esencia para no perturbar las delicadas narices de los predifuntos.

También intenta olerse a sí mismo en una delirante y extraña introspección olfativa, pero ya no percibe aroma alguno. Quiere hacer una última broma, pero Violet no entiende lo que le dice. Sólo nota que Hugh ya no está allí cuando toca su pecho y siente un hueco profundo, abismal. Como si el corazón se hundiera o se hubiera evaporado convirtiéndose en otra cosa.

CAMPO DE

AGRAMANTE

REVISTA DE LITERATURA



HOMENAJE A JOSÉ ÁNGEL VALENTE 1929-2000

José Manuel Caballero Bonald • Pilar Gómez Bedate • Jesús Díaz Armas
Manuel Fernández Casanova • Jacques Ancet • Louis Bourne
Pietro Taravacci • Petr Zavadil • Carmen Bonet y Salvador Valdés
Jordi Doce • Alejandro Rodríguez-Refojo • Laurence Breysse-Chanet • Valerio Nardoni

Antonio Ferres • Medardo Fraile • José Luis Rey • Emilio Durán

JEREZ DE LA FRONTERA NÚMERO 17 PRIMAVERA • VERANO 2012
9 EUROS